



# PALABRA DE DIOS

El Evangelio de mañana

DOMINGO XXII DESPUES DE PENTECOSTE.

SAN MATEO, 22,15-21: "Entonces los fariseos se retiraron a tratar entre si cómo podía sorprenderles cuando hablase (Jesús). Y le enviaron sus discípulos con algunos herodianos para decirle: «Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas; esto supuesto, dinos qué piensas de esto: ¿es lícito o no pagar el tributo al César? A lo cual Jesús, conociendo la malicia de ellos, respondió: «Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: «De quién es esta imagen? Y ¿de quién es esta inscripción? Respondieronle: Del César. Entonces les replicó: «Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios».

## CONSIDERACIONES

Es preciosa la frase de los "tentadores" de Cristo en este pasaje. Confiesan públicamente que es "Veraz y enseña el camino de Dios". No puede haber mejor panegírico de una persona que esto. ¡Qué bien viene también para elogiar lo que debe ser la misión sacerdotal! Debe el sacerdote ser amigo de la verdad y tener como ilusión única de su vida enseñar a los hombres el camino que conduce a Dios. Este programa es muy amplio y está lleno de dificultades. Declar la verdad es una de las cosas que más cuestan. Hay que saberlas decir y, a pesar de ello, siempre se dará alguien por aludido y se molestará. Pero fijándose en el Evangelio, podemos observar que Jesús tenía habilidad para decirlo. Era Dios y sabía tocar el resorte íntimo que movía los corazones. Nosotros somos pobres hombres llenos de limitaciones. Pero no hay duda que un contacto íntimo, entrañable, cordial, con Cristo, nos habilitaría mucho para decir la verdad con eficacia de éxito y sólo se molestarían los que tuviesen los ojos del alma nublados por los prejuicios inconfesables o por aviesas intenciones. Las gentes de alma clara notarían la bondad de nuestra predicación y la limpia intención de nuestros afanes. Hay que tener en cuenta que la primordial ocupación sacerdotal es la de conducir los hombres a

Dios nuestro Señor. Siguiendo por este camino andamos en nuestro y nadie podrá reprocharnos la invasión de campo ajeno. Si alguna vez estamos empeñados en otros quehaceres, será en tanto en cuanto sigan en relación al principal de todos, que es la salvación de las almas. Nos movemos en ambiente de fe, y el mensajero que Cristo predicaba y continúan predicando los sacerdotes estriban todo él en la aceptación general. Debe el sacerdote ser amigo de la verdad y tener como ilusión única de su vida enseñar a los hombres el camino que conduce a Dios. Este programa es muy amplio y está lleno de dificultades. Declar la verdad es una de las cosas que más cuestan. Hay que saberlas decir y, a pesar de ello, siempre se dará alguien por aludido y se molestará. Pero fijándose en el Evangelio, podemos observar que Jesús tenía habilidad para decirlo. Era Dios y sabía tocar el resorte íntimo que movía los corazones. Nosotros somos pobres hombres llenos de limitaciones. Pero no hay duda que un contacto íntimo, entrañable, cordial, con Cristo, nos habilitaría mucho para decir la verdad con eficacia de éxito y sólo se molestarían los que tuviesen los ojos del alma nublados por los prejuicios inconfesables o por aviesas intenciones. Las gentes de alma clara notarían la bondad de nuestra predicación y la limpia intención de nuestros afanes. Hay que tener en cuenta que la primordial ocupación sacerdotal es la de conducir los hombres a

J. G. F.

# LOS FIELES Y LOS INFIELES DIFUNTOS

Por JAVIER M. ECHENIQUE

Uno de los temas más populares de la tradición cristiana es el del culto en favor de los fieles difuntos. En todo el mundo católico el tema adquiere especial relieve en la festividad litúrgica del 2 de noviembre y se extiende a todo lo largo de este mes, que ya ha adquirido la designación de "mes de los difuntos". Detrás de este culto, de los funerales, las misas generalizadas, de las novenas de rosarios, las visitas y las flores en los cementerios, hay uno de los dogmas quizás menos conocido y popularmente más deformado de la fe católica: el Purgatorio.

En relación con el Purgatorio, el dogma planteado directamente es muy discreto. Los textos de la Revelación y del Magisterio son mínimos. ¿Qué es lo que está obligado a creer el fiel católico sobre el dogma del Purgatorio? El P. Congar lo resume así: "Los fieles que mueren en gracia de Dios, aunque pecadores, mientras no hayan satisfecho por sus pecados de acción y de omisión, se hallan sometidos a penas purificadoras. Los sufragios de los fieles tienen valor para atenuar esas penas. Las almas santas completamente purificadas, ya en esta vida, ya después de su muerte, son recibidas inmediatamente en el cielo".

Este es lo que estamos obligados a creer y nada más que esto. En modo alguno puede aceptarse la afirmación —por desgracia muy corriente y deslavada en más de una ocasión en las predicaciones de los sacerdotes y en las enseñanzas catequísticas— de que el Purgatorio es "igual que el infierno, pero sin ser eterno". Esta definición popular y tética es totalmente contraria a la doctrina católica sobre el Purgatorio; porque en el Purgatorio las almas están en gracia y además en la seguridad de la salvación.

No es una organización de tormentos

Por consiguiente, nadie está obligado a creer que en el Purgatorio hay fuego o que el Purgatorio sea algo así como una organización de tormentos para los espíritus que no llegaron a la maduración de la muerte

con su alma plenamente purificada para poder ingresar inmediatamente en la plenitud de la gloria. Una predicación desafortunada y una teniebra tradición popular, que quizás hunde sus raíces en el instintivo culto a los antepasados, han deformado lamentablemente la luminosa imagen del Purgatorio según la doctrina católica.

El Purgatorio, en primer lugar, no es un espacio geográfico; sería mucho más exacto hablar de una situación o estado diferente. Tampoco es exacto hablar de las "almas del Purgatorio", como si estuvieran aisladas en una especie de archipiélago de estratos y otras soledades después de la muerte.

Las almas del Purgatorio, por vivir en gracia, viven en comunidad, constituyen una asamblea cristiana, una Iglesia: "la Iglesia de la Purificación. Considerado desde este ángulo, el dogma del Purgatorio descubre una vertiente mucho más luminosa que tenebrosa. Por desgracia, esta Iglesia de la Purificación es en nuestros esquemas mentales y en nuestra sensibilidad religiosa una ciega, una Iglesia olvidada.

Desde el momento en que se considera al Purgatorio como Iglesia, brotan de esta doctrina bellísimas enseñanzas y conclusiones. En primer lugar, la Iglesia es una y única; y por tanto, nuestras Iglesias, parte integrante de la única Iglesia de Jesucristo, están solidariamente y misteriosamente vinculadas a la Iglesia de la Purificación. "Hasta que el Señor venga —dice el Vaticano II— de sus discípulos, unos permanecen en la tierra, otros ya difuntos se purifican; otros, finalmente, rezan de la eternidad". El Purgatorio, por lo tanto, no está solo de nosotros, sino entrañablemente unido a nosotros. Lo mismo que la Iglesia Triunfante de la gloria.

Una Iglesia dinámica

Pero hay algo más; la Iglesia de la Purificación no es absolutamente pasiva. Es cierto que sus miembros no pueden merecer, pero sin embargo en esa Iglesia crece la caridad a medida que aumenta la dolorosa purificación; crece, por consiguiente, la glorificación de

que fdo una de estas tardes al cementerio pacense y he caminado lentamente por sus sendas, deteniéndome acá y allá; que he leído a veces la identidad de los que yacen en los nichos de las galerías interminables, en las tumbas suntuosas y en los humildes enterramientos; que he sentido en cada caso como una identificación con el dolor angustioso, con la pena insondable que encierra cada frase de condoleancia familiar, cada expresión de recuerdo impercedero. Y yo quería deciros también que si todo esto produce una fuerte, una profunda, una honda impresión de congoja sentimental, mucho más intensa es la que se experimenta al recorrer el patio primitivo en el que, con rostro desaliado, están las viejas sepulturas, con sus muros agrietados, salitrosos, verdeguescos; con sus arcos y desvencijados, con sus lápidas de inscripciones borrosas, desvalidas, dejándonos con su total abandono, que no hay actualmente ninguna mano amorosa que en ellas mantenga vivo el culto del recuerdo. Son, sin duda, estas tumbas, seguramente de linajes que ha tiempo desaparecieron de la ciudad, las que mejor expresan lo inconsistente y perecedero de las cosas humanas.

Hay, no obstante, otros episodios que impresionan por su sobriedad, como diciendo que huella toda palabra ociosa; solo Dios es quien debe tener presente la personalidad completa, con sus defectos y virtudes, de los que se fueron; sólo interesa alcanzar el recuerdo de Dios: memento etiam Domine.

En una sencillísima lápida gris, de pizarra, ocupando casi toda la superficie, un nombre: ROSA, y bajo él, esta leyenda: "Rogad a Dios por ella - 1856." ¿No os emociona esta simplicidad extraordinaria? ¿Y no se ocha a volar la fantasía tratando de adivinar quién fue Rosa? Sería quizás, pese al nombre, un capullo; esto es, una niña de tierna edad? Sería una joven arrasada, famosa por su belleza? Se trata acaso del nombre de una dama cuyas virtudes a todos constaban en la ciudad? Vano empeño el nuestro; sus obras, sus afanes, su vida, en fin, sólo tienen ya una realidad inmarcesible en la presencia del Señor.

También como en los cementerios más conspicuos, nacionales y extranjeros, como en los de San Isidro y San Lorenzo, como en el de Montmartre y Père Lachaise, como en el de Génova y Florencia, hay panteones suntuosos, marmóreos, con figuras y bajorrelieves, que guardan los restos de personajes que un día brillaron en la sociedad de su tiempo; apellidos ilustres en la política, en la aristocracia, en las ciencias, en las artes. Hay entre todos uno que llama la atención por su originalidad y prestancia: es ese en que, bajo un templete de mármol, aparece la figura apuesta de un joven con un libro en la mano izquierda y que fue erigido en 1885 por la madre de don Reinaldo Marcos. Tenemos de esto una vaga idea de que esta señora, viuda, apenada por la dolorosa pérdida

de su hijo único, lo dispuso así para poder contemplar, con la ayuda de un aparato de larga vista, desde su propia mansión, situada en el interior de la amurallada ciudad pacense, el panteón de su ser querido. No es, sin embargo, caso único. Joaquín M. de Nadal contaba que una dama francesa al perder a su hija única vendió el palacio que tenía en los Campos Elíseos y adquirió una modesta vivienda de las que rodean el Père Lachaise parisense para poder contemplar desde su ventana la tumba de su hijo.

Pero también los seres humanos, los que realizan en la vida pequeñas cosas, pequeños menesteres, tienen a veces un monumento funerario; aquí mismo hay uno sencillo y emotivo, que reza: "Florentino Borrallo Calderón, vendedor ambulante, figura popular de Badajoz". Y los que le oyeron pronunciar la venta de limones y recordar su figura menuda, oronda y fresca, sienten reverdecer el mismo sentimiento de simpatía que a todos inspiraba Florentino.

Patética, dolorosa impresión produce en cambio el abandono en que está el laude de Carolina Coronado, un día en el cenit del parnaso español y sin duda el de más universal renombre de cuantos aquí se leen. Gracias a que la intuición de alguien situó ante el una corona metálica, inmarcesible, como su estro poético.

Acá y allá, otros nombres ilustres: José López Prudencio, cronista de la ciudad; Manuel Monterrey, inolvidable poeta y amigo; don Jesús Rincón, historiador; don Eloy Soriano, poeta; don Juan Pasallar médico, que llenó toda una época con su ciencia; don Tulio Merino, fundador de un colegio que tiene una honda tradición docente; don José Lanot, virtuoso sacerdote, pafio de lágrimas del necesitado; don Fernando Castón, publicista, amante de las cosas de la ciudad, que publicaba sus trabajos de un impecable estilo, bajo el seudónimo de "El licenciado Pérez Pérez".

Y en un lugar muy visitado por nosotros, siempre limpia y cuidada, con flores eternamente renovadas, con mármoles fríos que acaricia el tacto, la sepultura de un hombre inolvidable, y en nuestros ojos una lágrima que pugna por salir a la par que una oración en nuestros labios.

Dios y la esperanza de la gloria. Esta Iglesia sufre, es verdad, pero no es torturada; el Purgatorio no es un misterio cruel, sino un sufrimiento amoro-

so por el que cada alma y al mismo tiempo toda la comuni-

dad integrada por fieles difun-

tos se va purificando a sí misma.

Y de alguna forma puede afir-

marse que este aumento de pu-

rificación revierte también sobre

nuestra Iglesia peregrina, sobre

nosotros mismos, ya que acre-

cienta el misterioso desarrollo

del Cuerpo Místico de Cristo,

porque hay en la Iglesia, to-

talmente considerada, un au-

mento de santidad.

Así considerado, el Purgato-

rio arroja luz y no difunde tene-

ble ni terror alguno. En pri-

mer lugar, por el dogma del

Purgatorio sabemos que existe

así como un "tiempo des-

pués del tiempo" y por consi-

guiente el tiempo antes de la muerte no es todo el misterio del tiempo. Asimismo el Purga-

torio ilumina el misterio de la

"condición humana". La criatu-

ra no posee el absolutismo de

Dios. Dios es "el que es"; el

hombre es un telón de límita-

ciones y de contradicciones; en

él se da al mismo tiempo el bien

y el mal, el amor y el odio, la

verdad y el error. Para que el

Juicio de Dios sobre el hombre

sea serio, el hombre necesita

salir de su interior contradic-

ción. En la última hora, antes

o después de la muerte. Dios tie-

ne que contemplar al hombre

como en la hora primera: "Vio

que era bueno". Para esta "bo-

nificación del hombre" existe

fundamentalmente la muerte y

esa misteriosa situación después

de la muerte, que lo puede pu-

rificar; otros, finalmente, ro-

zan de la eternidad". El Purga-

torio, por lo tanto, no está solo

de nosotros, sino entrañable-

mente unido a nosotros. Lo mis-

mo que la Iglesia Triunfante de

la gloria.

gen que de él hemos propor-

cionado gran número de cató-

licos por medio de una predica-

ción sensible y terrorífica y de

una iconografía lamentable.

En nuestro tiempo postconcil-

iar debemos sanear este culto,

predicar esta consoladora doctri-

na, fomentar esta práctica es-

piritual de solidaridad con los

que murieron porque constitu-

yen un aspecto casi absoluta-

mente olvidado de la unidad y

de la universalidad de la Iglesi-

a: estos sufragios tanto pú-

blicos como privados son una

realización de la caridad univer-

sal y de la solicitud "por todas

las Iglesias".



SIN PALABRAS